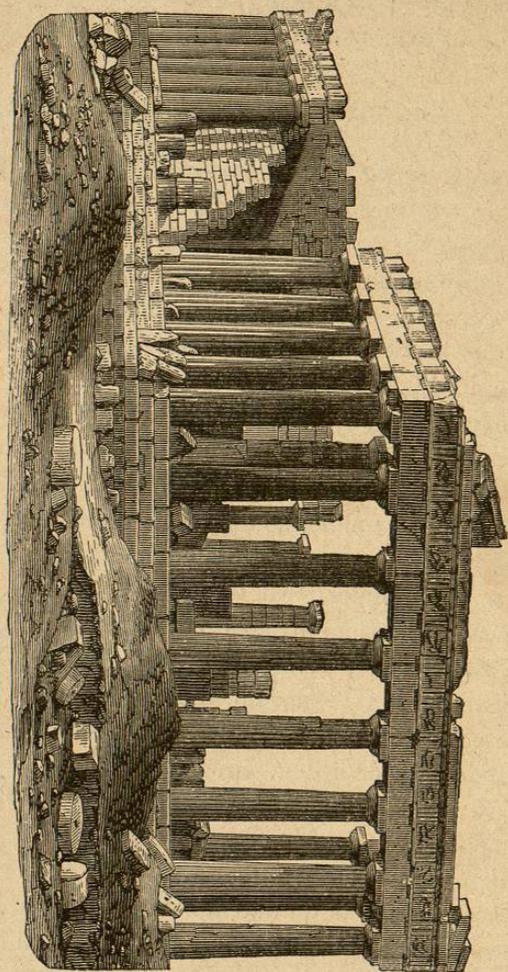


sacerdotes, vírgenes, víctimas; músicos, carros, caballeros : la ciudad entera.

No nos atrevemos á entrar en el santuario, es la mo-

El Partenón.



rada de la divinidad prohibida á los profanos bajo pena de sacrilegio, no sabríamos examinar sus naves, ni contemplar en el fondo, de pie, la lanza en la mano, resplandeciente de oro y marfil, á la gigantesca guerrera, la virgen

protectora, Atenea. Ella guarda detrás de su santuario, en un salón retirado, el tesoro de las ofrendas, que á sus pies ha depositado la devoción secular de los pueblos.

Al lado del Partenón se halla el templo jónico de la Victoria sin alas, encantador por la delicadeza de su orden y por las dimensiones y los bajos relieves.

Estos representan mujeres vestidas de gasas transparentes, una Victoria corona un trofeo, otra arregla su sandalia. Porte noble, formas elegantes, familiaridad en las actitudes, delicadeza en el trabajo, palpitación de las carnes bajo los paños; todo esto se admira en estos bajos relieves, que arroban aún á los más ignorantes.

¿ Que decir del pórtico de las cariátides que flanquea el Erecteion? Sobre un basamento de más de dos metros, unas columnas soportan una adornada techumbre; pero estas columnas son jóvenes hermosas : rígidas y fuertes, con sus carnes de mármol de Pentélico, capaces de soportar la pesada carga sobre su potente cuello, delicadas y frescas como la juventud virginal, son dignas sirvientas de la diosa Atenea.

Algunas ruinas, esparcidas sobre esta árida meseta del Acrópolis, en cuya ladera están los restos del teatro, en piedra, de Dionisios, hacen que el viajero deplora que el tiempo y los hombres no hayan respetado, á lo menos, esos monumentos de arte, que admirados y comprendidos, harían más dichosa y mejor á la humanidad.

VIII

EL ARTE GRIEGO EN EL SIGLO IV

Difusión.

En el siglo IV la rivalidad entre las ciudades griegas, agotó á Atenas, Esparta y Tebas, en provecho de Macedonia.

Alejandro, por medio de sus conquistas, difundió la civilización y el arte de los griegos, y Alejandría, Pérgamo y Rodas, fueron otros tantos centros distintos, perdiendo el arte en pureza lo que ganó en extensión.

Inspiraciones nuevas.

Una nueva, tendencia aparece : la filosofía discute la religión é introduce la duda ; los dioses no residen ya en las cimas del Olimpo, en una serena y tranquila dominación ; los sofistas los hacen descender á la Tierra, para analizarlos ; Eurípides se burla de ellos, y los vitupera, algunas veces, en sus tragedias ; las pasiones humanas, por el estudio minucioso de los resortes del corazón, preocupan á la imaginación ; Eurípides es el poeta patético por excelencia, curioso de los detalles verdaderos, cuidadoso de la *mise en scène*, desencadena las pasiones en el teatro, nos mueve á compasión por su violencia y su crueldad, nos hace llorar por las desgracias, miserias y harapos que pone á nuestra vista, y habla, á la vez, al corazón y á los sentidos, en escenas eminentemente dramáticas.

Como el autor trágico, el arte persigue en la vida real los rasgos que distinguen un individuo de otro, anima los bajos relieves con movimientos vivos, llena los corazones de pasiones ardientes, que se exteriorizan con gestos admirables y trata de hacerse grande por medio de lo grandioso.

Scopas.

Scopas fué el primero que esculpió bajo la forma humana, con el Amor, el Deseo y la Pasión ardiente : es el advenimiento de lo pasional en el arte.

Mientras que los dioses de Fídias eran impasibles en su serenidad, y los atletas eran todo músculos, y unos y otros no dejaban traslucir sus sentimientos : Scopas hace ver en

arquitectónicas, gracias á la sobriedad de la ornamentación, destacar sus aristas y desplegar sus curvas ; pero se adivinan sus gustos fastuosos, que crecían á medida que, su emulación de aduladores, los llevaba á prodigar las estatuas, las molduras y los bajos relieves, á cantar en todos los tonos á un emperador que no admiraban, á sobrecargar el monumento, á cubrirlo bajo los ornamentos mezquinos, y á deslumbrar por el gran número de detalles.

Tan noble era el arco de Tito siendo sencillo, como pobres fueron en medio de su riqueza, los arcos de los emperadores de los siglos III y IV, como el de Septimio Severo.

Nosotros hemos tomado de los romanos el plan general de sus arcos triunfales y la idea de las columnas conmemorativas.

El templo romano.

Los templos son compuestos y enormes. Comparemos las dimensiones del Partenón con las del Panteón, y éste parecerá desmesuradamente desarrollado. El conjunto es una rotonda romana precedida de un pórtico griego ; columnas corintias sostienen un frontón tringular, detrás del cual se halla la redonda cúpula de la rotonda. Esta oposición entre la rigidez de las líneas rectas y la redondez de las curvas, es una sorpresa y un sufrimiento para la vista. El arquitecto no comprendió que si la fachada de un templo griego es bella, no quiere decir ésto que lo continúe siendo, si se la coloca delante de otro edificio de estilo diferente.

La rotonda es grandiosa por el desenvolvimiento de su bóveda : allí se muestra en una de sus mejores manifestaciones, la manera de cubrir sus edificios, que tomaron los romanos de los subterráneos etruscos. Para resistir la pesantez de la bóveda, los muros se espesan tomando el carácter de recinto de fortaleza : los muros del Panteón

alcanzaban cinco metros de espesor. Este defecto estaba algún tanto oscurecido por la suntuosidad, gracias á la variedad de los colores; no era que los pintores aplicasen sobre la piedra, como en Grecia, capas de pintura, sino que el arquitecto empleaba mármoles de coloraciones varias, desde los amarillos húmedos hasta los negros basaltos, pasando por la gama de los verdes, rosas y rojos.

La casa cuadrada de Nimes, por la armonía de sus proporciones, por la delicadeza de sus ornamentos corintios y por la magnificencia del friso, es, entre todos los templos romanos, el más elegante y el más digno de admiración. Sólo una iglesia cristiana, la Magdalena de París, puede sin detrimento resistir una comparación.

El anfiteatro.

Los romanos crearon otro edificio, tan característico de su naturaleza como los arcos triunfales: el anfiteatro. Amaban el espectáculo más que el arte dramático; pero el espectáculo violento, sanguinario, el combate, la lucha. Su diversión favorita eran los juegos del circo, los suplicios de hombres entregados indefensos á las bestias feroces. Prácticos, ante todo, imaginaron el construir teatros en los que el número de asientos fuese muy grande y en donde todo el mundo, desde cualquier sitio, viese todo el espectáculo; así se hizo el anfiteatro, compuesto esencialmente de una arena circular, y de gradas igualmente circulares.

El del Coliseo contenía lo menos cien mil espectadores.

Por encima se desplega un inmenso velarium. La masa de las gradas está sostenida por bóvedas bajo las cuales la multitud circulaba libremente.

La parte exterior presenta cuatro pisos con arcadas; entre cada una de estas hay columnas que parecen sostener el piso superior. En el piso bajo son dóricas, las más fuertes; en el primero jónicas, las más elegantes, pero todavía resis-

tentes; en el tercero corintias, destinadas ante todo para la ornamentación. Esta confusión de órdenes y de estilos es una prueba de la ciega admiración que por los griegos sentía el pueblo romano; pero su dórico es menos fuerte, su jónico menos elegante y su corintio más recargado. Deseosos los romanos de quitar á cada uno sus cualidades imaginaron el orden compuesto, esa sosa monstruosidad.

Por otra parte, no comprenden que la columna dórica corresponde á un conjunto de proporciones, dimensiones y caracteres que sólo un templo dórico puede presentar, y que lo mismo ocurre con las otras columnas; siendo un capricho de patán enriquecido, acumular uno sobre otro fragmentos de órdenes opuestos.

A la vista del Coliseo, como á la vista de la mayor parte de los monumentos de la arquitectura romana, esparcidos en todos los lugares, el viajero se admira de que un pueblo haya podido colocar piedra sobre piedra, para formar tales edificios. El Coliseo mide 500 metros de circunferencia y 50 de altura y sus muros tienen un espesor de 6 metros. En vano el viajero se asegura de que el exterior del muro está construido con regularidad, y que el medio está compuesto de un bloque de mortero y de pequeños materiales; queda subyugado por la fuerza y la grandeza de este coloso, que han arruinado, no las injurias del tiempo sino los pillajes asiduos de mil generaciones. El viajero cesa de encontrar defectos para sólo admirar la eternidad de estas ruinas dignas del *Pueblo Eterno*.

.....

Resumen de la historia del arte antiguo en sus grandes manifestaciones.

Tal es, en sus rasgos más generales, la historia del arte antiguo.

A pesar del realismo viviente de algunas estatuas y la grandeza de algunos monumentos, los egipcios han dejado

pocas obras artísticas en donde brille el arte con todo el esplendor de su belleza; los asirios, exceptuando algunos bajos relieves de un singular vigor, no se han aproximado más que los egipcios á lo bello. Sobre el espíritu de estos pueblos parece que pesa un enorme fardo de servidumbre religiosa, política é intelectual, que siempre detiene sus esfuerzos y concluye por abatirlos y anularlos.

Libre el griego de este ominoso yugo sonríe á sus dioses, á la vida y á la gloria. Elevándose por el esfuerzo de su nativa inteligencia, añade á la naturaleza una belleza, una armonía y un sentimiento que no poseía antes y que su espíritu ha sabido concebir en la libertad soberana de sus invenciones. Siempre deseoso de innovar, después del siglo de la perfección, aún abre al arte caminos inexplorados tan hermosos como los ya conocidos; pero después de los esfuerzos de los siglos IV, V y VI, después de los frontones de Egina y del Partenón, después de Hermes y Praxiteles; el genio griego como si estuviese cansado ó quizás porque recorrió todas las etapas posibles para él, se detiene, reposa y volviendo sobre sus pasos, llega á los maestros del pasado, desde Lisipo hasta los arcaicos. Entonces agrada á sus ricos dominadores, y el arte griego no se propone una finalidad más elevada.

El pueblo romano alcanzó su ideal, que no fué otro que hacer agradable su vivienda, suntuosa su ciudad, y eternizar el recuerdo de su grandeza por la solidez y por las dimensiones de sus obras.

XII

EL CRISTIANISMO, LOS CATACUMBAS (1)

Durante la edad media, el arte se inspiró en el cristianismo, en sus diversas formas, bizantina, musulmana,

(1) Véase Allard, *Rome souterrain*.

romana y gótica. Á partir del renacimiento, volvió á pedir á la antigüedad el secreto de la grandeza de su arte.

El cristianismo y el arte.

Los amantes del arte hubieran podido, en sus comienzos, alarmarse de la expansión del cristianismo, que proscribía las imágenes, ídolos y objetos de placer, y tomaba posición de enemigo frente de las artes plásticas; pero bien pronto debió ceder á la necesidad que el pueblo tiene de representar los objetos de su fe. Por otra parte, llegó el momento en que el cristianismo triunfó, y llegó á sentarse sobre el trono imperial, y sólo las artes eran capaces de celebrar la victoria y de ilustrar el triunfo del nuevo Dios.

Desde entonces se pudo entrever, que elementos aportaría el cristianismo al arte antiguo, para regenerarlo. Para el cristiano, el cuerpo es polvo, sólo el alma es semejante á la esencia divina ¿para que sirven estos miembros hechos de tierra, y para que representarlos? ellos son los peores adversarios de la salud. El alma, por el contrario, debe ser cultivada con sumo cuidado y revestida de sentimientos puros, de virtudes elevadas. Amor desinteresado de Dios, aspiración hacia las alturas celestes, inagotable caridad hacia los hombres, tal es la corona del cristiano, por la cual espera merecer el premio eterno, bien superior al efímero triunfo del atleta, que se enorgullecía del desarrollo armonioso de sus músculos. He aquí la belleza por la cual el artista distinguirá el hijo del Buen Pastor del adorador de la diosa Atenea.

El Dios que ha enviado sus apóstoles á todas las naciones, pretende el imperio universal, llama hacia sí á pueblos enteros, y los retiene cerca de su altar para que reunidos en la comunión de la fe, se aproximen á él para escuchar mejor el coro de sus plegarias. Preciso es que el artista responda á las exigencias de la nueva fe por la grandeza de sus planes, y como la buena nueva penetra en